

Dos poemas inéditos de Miguel Hernández

José Guadalajara
Instituto Duque de Rivas (Rivas-Vaciamadrid)

Hace unos treinta y cinco años, cuando era estudiante del antiguo COU, tuve la dicha de que un profesor de Literatura me pasara dos poemas que, según me aseguró, se los había dedicado o dado Miguel Hernández a su padre en un momento concreto de la Guerra Civil. De dicho profesor –creo recordar que se llamaba Paco Salvador, aunque no estoy seguro de ello, sobre todo del segundo nombre o, tal vez, apellido– no tengo más noticias desde entonces salvo el recuerdo de algunos pormenores de clase y de su generosidad al hacerme entrega de dos medias cuartillas en las que se hallaban mecanografiados esos dos supuestos poemas hernandianos. Aún ahora sigo sin explicarme cómo un profesor que guarda consigo tal tesoro fue capaz de cedérselo a un alumno casi anónimo que lo único que hizo fue, en un momento dado, hacerle ver su profunda admiración hacia el poeta de Orihuela. Recuerdo que cuando un día me contó lo de los poemas inéditos, le rogué que me los enseñara, petición que le recordé varias veces durante el desarrollo del curso. Una mañana, con toda mi sorpresa y emoción, me entregó las dos referidas cuartillas que, desde entonces, he guardado bajo las cubiertas de algunos libros de poesías del propio Miguel Hernández o, en los últimos años, en un cajón metálico de mi archivo. Desde aquí, con todo mi sentimiento, quiero transmitirle mi enorme gratitud por aquel gesto y pedirle disculpas por sacar ahora a la luz, sin su permiso, dado que no encuentro manera posible de localizarlo, este secreto que ha permanecido oculto durante tantos años.

Aun a costa de equivocarme en el cálculo, he de suponer que dicho profesor, si aún vive –cosa que deseo–, puede contar en la actualidad con una edad próxima a la jubilación. Nada sé de él desde entonces ni nada sé de qué destino habrán tenido estos dos poemas en sus manos. Me he preguntado muchas veces si acaso en este largo tiempo transcurrido los habría publicado, pero en ningún lugar, entre mis búsquedas realizadas en la bibliografía de Miguel Hernández y en las diferentes ediciones de su poesía completa,¹ he encontrado huella de estos dos poemas.

En numerosas ocasiones he estado tentado de darlos a conocer, pero he de admitir que el hecho de que, en sentido estricto, no me pertenecieran, y mi dedicación a otras ocupaciones literarias que han oscurecido ese propósito, han retraído mi intención de hacerlos públicos hasta ahora. Por otro lado, el único testimonio que poseo de que se deban a Miguel Hernández es la confesión del citado profesor, quien así me lo aseguró

¹ La última es la de Espasa-Calpe, 2010 (Agustín Sánchez Vidal ed.), de sus *Obras completas*, y la reedición, también de este año, de su *Obra poética completa* a cargo de Leopoldo de Luis y Jorge Urrutia en Alianza Editorial sobre la ya hecha en 1976 para la editorial Zero (Bilbao). De esta última (abreviada *OPC*) procederán todas las referencias a poemas que hago en este artículo. No quiero olvidar, sin embargo, la magnífica edición de Agustín Sánchez Vidal, Carlos Rovira y Carmen Alemany, de 1992 (Madrid, Espasa-Calpe), que también he consultado.

hace treinta y cinco años. Con motivo de la celebración ahora del Centenario del nacimiento del poeta, y como gesto simbólico y contribución personal a este recuerdo, he creído que era el momento idóneo para editarlos. Es el mismo Centenario el que me ha avivado esta idea, tantos años arrinconada en la voluntad mientras los poemas dormían en una paz perpetua.

Ignoro qué habrá sido de los originales de los que fueron copiados y ni siquiera sé en qué manos estarán ahora. Tampoco puedo adivinar si algún día habrían salido a la luz o, por el contrario, se habrían quedado para siempre en el olvido. Creo que, en todo caso, especialmente si son obra de Miguel Hernández, no debemos privar por más tiempo a la Historia de la Literatura de tan importante añadido. Esta es la razón fundamental que me mueve ahora, por fin, a publicar estos versos.

Antes, he de aclarar algunas circunstancias externas relacionadas con la recepción de los poemas; a continuación, tras un análisis del contexto histórico y literario, valoraré su autenticidad.

Los dos textos que obran en mi poder son dos cuartillas mecanografiadas de tamaño 15.50 cm. x 21.50 cm., copiadas por las dos caras, aunque en el reverso no se haya completado todo el espacio. Ignoro quién es el responsable de esta copia, pero cabe suponer que lo sea el propio profesor de Literatura o alguien a quien él le hubiera delegado este trabajo. Es de entender, por lo tanto, que hayan sido sacados de otro texto mecanografiado o, en el mejor de los casos, de un manuscrito obra del propio autor o de alguien que, a partir del ológrafo, lo transcribiera de mano. Las circunstancias de este hecho me son completamente desconocidas.

Además del texto en sí, hay dos indicaciones al pie de los mismos que suministran varios datos de interés. Son las siguientes, que transcribo tal como figuran en las cuartillas:

POEMA N° 1 (sin título)

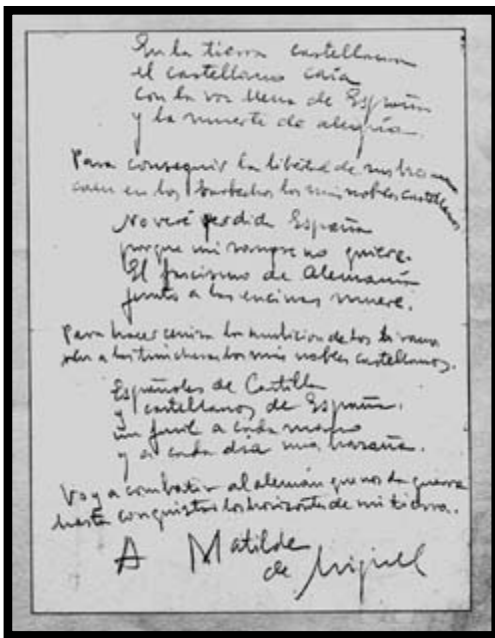
MIGUEL HERNANDEZ?
Frente del Jarama
Diciembre 1.937

POEMA N° 2 (El retorno)

MIGUEL HERNANDEZ?
Diciembre 1.937.
Frente del Jarama
“El Pingarrón”
Posición Jara Baja

Estas indicaciones, junto con el testimonio verbal de hace treinta y cinco años, son, en principio, el punto de partida para asignar la autoría de los poemas a Miguel

Hernández. No es que, a priori, desestime la veracidad de la tradición oral, pero es imprescindible proceder con rigurosa cautela para llegar a conclusiones satisfactorias. No obstante, he de conceder la posibilidad de que la información sea la correcta y que, en efecto, el padre de mi antiguo profesor de Literatura pudiera haber tenido alguna relación en el campo de batalla con Miguel Hernández. Son de sobra conocidos los casos en los que el poeta de Orihuela regaló, dedicó o improvisó poemas, unos recogidos en libros, como el célebre caso de Rosario la Dinamitera en *Viento del pueblo* (De Luis et al eds. [en adelante *OPC*] 312) o la décima improvisada a su amigo Álvaro Botella en febrero de 1936 (*OPC* 282). De hacia los años 1937 o 1938, por ejemplo, data un poema dedicado a Matilde Landa (Ginard i Ferón) que se encontraba enmarcado y colgado en la pared de una casa de Toledo perteneciente a los descendientes de esta antigua dirigente comunista (publicado en la revista *Añil* 19, 2000, 22-23).²



'A Matilde' de Miguel

Antecedentes no faltan.

La investigación, sin embargo, debe partir ahora, en primer lugar, de los datos de localización espacio-temporal recogidos al pie de los dos poemas. Esta información puede ser verídica y responder, como es obvio, a una anotación tomada del texto original o bien proceder de un recuerdo de la persona a la que se le ofrecieron los poemas. Nada sé a este respecto, pues las noticias con las que cuento son únicamente las aportadas más arriba. Lamento que en aquellos años de estudiante no profundizara más en la conversación con el citado profesor, porque, sin duda, ahora podría ofrecer más datos sobre las circunstancias en que los poemas

fueron recibidos.

En todo caso, a la luz de la datación impresa en las copias, ¿es posible ubicarlos en diciembre del año 1937? ¿Encaja este año con el itinerario bélico seguido entonces por Miguel Hernández? Sí es cierto que en el frente del Jarama, cuya célebre batalla tuvo

² "A Matilde": En la tierra castellana / el castellano caía / con la voz llena de España / y la muerte de alegría. / Para conseguir la libertad de sus hermanos / caen en los barbechos los más nobles castellanos. / No veré perdida España / porque mi sangre no quiere. / El fascismo de Alemania / junto a las encinas muere. / Para hacer cenizas la ambición de los tiranos / caen en las trincheras los más nobles castellanos. / Españoles de Castilla / y castellanos de España / un fusil a cada mano / y a cada día una hazaña. / Voy a combatir al alemán que nos da guerra / hasta conquistar los horizontes de mi tierra.

lugar entre los días 6 y 27 de febrero de 1937, una de las posiciones estratégicas fue, efectivamente, la Jara Baja junto al cerro Pingarrón, lugar en el que se libraron sangrientos combates.

Sin embargo, el mes de diciembre en el que han sido datados los poemas es el del año 37 y no el de un año antes, que parece encajar mejor con las referencias toponímicas al pie del poema nº 2 y con lo que se conoce sobre la permanencia del poeta en ese tiempo en los frentes de la provincia de Madrid. Entre noviembre y diciembre del 36 la presión del bando nacional se ejercía sobre la zona noroeste en torno a la capital, librándose combates en la carretera de La Coruña y en los pueblos de Pozuelo y Boadilla del Monte. Miguel Hernández, que se había alistado en el Quinto Regimiento el 23 de septiembre de 1936, se movía en diciembre de ese año por los alrededores del frente de Boadilla y Alcalá de Henares, hacía un viaje a Cox y Orihuela entre los días 12 y 14 y era trasladado, ya a finales de mes, a Ciudad Lineal. Cabe, no obstante, la hipótesis de que se hubiera desplazado en algún momento a las posiciones del frente del Jarama, más en concreto a la zona del Pingarrón, en donde “supuestamente” habría escrito o regalado estos poemas. Esto no es en absoluto descabellado, puesto que, como comisario político o cultural en esos momentos, gozaba de una cierta movilidad entre las líneas y se sabe que iba y venía casi a diario a la capital, según se refleja en la correspondencia de ese tiempo y como lo recoge José Luis Ferris en *Miguel Hernández, pasiones, cárcel y muerte de un poeta*, Madrid, Temas de Hoy, 2002. Insisto en que todo esto se desarrolla en diciembre del 36 y que, por lo tanto, habría que admitir un lapsus o un error en la datación de estos textos para hacerlos coincidir con los hechos descritos.

La razón de esta apreciación es que en diciembre del 37 parece más complicado encajar la posibilidad de que Miguel Hernández se encontrara en el Pingarrón. Así es, en efecto, pues ya desde principios de mes había viajado a Valencia, desde aquí a Barcelona y se había trasladado, bajo las órdenes del Comandante Carlos y Enrique Líster, al frente de Teruel. El día 24 llegará a Cox para conocer a su primer hijo, nacido unos días antes.

Éstas son las dificultades que presenta el encaje de las referencias cronológicas y toponímicas que cierran ambos poemas con el itinerario bélico de Hernández en el año 37. No obstante, el hecho de no saber exactamente quién es el responsable de los datos consignados y de no poder asegurar siquiera la fidelidad de éstos (pueden darse lapsus de memoria en el informante, errores de copia, dataciones que no tengan que ver con el poeta sino con el receptor de los textos, etc.) no me parece un argumento firme para cuestionar la autoría de Miguel Hernández sobre los poemas.

Cuento, como dije, con el testimonio oral de mi antiguo profesor de Literatura, basado en las palabras de su padre, al parecer destinatario de estos dos poemas de Hernández. Por desgracia, es imposible saber nada más.

Añádase, en cambio, que la contextualización histórica de los poemas y sus rasgos literarios encajan con el estilo del poeta de Orihuela en esos años de guerra. Así, el poema nº 1, que carece de título, es un romance, una estructura métrica que utilizará

en algunos textos incluidos en *Viento del pueblo*, publicado en 1937 (Valencia, Socorro Rojo Internacional, pról. de Tomás Navarro Tomás) (se sabe que Miguel Hernández, cuando llegó a Cox para conocer a su hijo, traía con él 25 ejemplares de este libro y tres mil pesetas que le habían pagado por esa edición, según refiere Josefina Manresa en *Recuerdos de la viuda de Miguel Hernández*, Madrid, Ediciones De la Torre, 1980), o en obras de teatro como *El labrador de más aire* (Madrid, Valencia, Nuestro Pueblo, 1937) y *Pastor de la muerte* (en *Obras completas*, Buenos Aires, Losada, 1960), escritos en torno a ese año. También en *El hombre acecha* (Santander, Diputación, 1961 [1939, edición perdida en imprenta]), que irá escribiendo por entonces, aparecerá algún romance, como el titulado “Carta”, cuyo estribillo guarda una curiosa relación con el de este poema nº 1, al que, desde ahora, me voy a permitir titular con las palabras de su primer verso.

Transcribo a continuación los citados estribillos (el primero pertenece al poema “Carta”, en *OPC* 359-361) para que se pueda observar, a pesar de sus componentes argumentales propios, su semejanza en el contenido, es decir, en la idea que subyace bajo ambos: la petición figurada que el poeta hace a su amada (tal vez esté pensando en Josefina Manresa) para que cuando esté muerto le escriba o lo busque bajo la tierra, como un modo emotivo de prolongar el recuerdo. Además, el segundo de los estribillos posee una fuerza añadida, de coraje y valor, de entrega y apego a una causa que, en el caso de Hernández, es la defensa de los valores de la República.

Aunque bajo la tierra
mi amante cuerpo esté,
escribeme a la tierra
que yo te escribiré.

Si se me acaba la vida
y de mí no sabes más
busca en la tierra de España
que cruzado a sus terrones
en ella me encontrarás.

Este poema, “Si se me acaba la vida”, rezuma un innegable aire dramático con un tono desesperanzado muy peculiar del Hernández más sentimental: así, dice ser un “ruiseñor de las desdichas” y “eco de la mala suerte”, tal como se nos presenta en el romance “Sentado sobre los muertos”, perteneciente al libro *Viento del pueblo* (*OPC* 294-96). Los elementos, además, que parecen aludir a una muerte violenta en “Si se me acaba la vida” como consecuencia de un enfrentamiento armado, sirven para contextualizar este poema en un ambiente bélico. La metáfora “junto a un arroyo de sangre / que dejará de brotar del pecho” (vv. 26-27) es una clara alusión a una bala recibida en el fragor del combate.

Conmovedora resulta la parte final del poema, plagada de referencias amorosas y de menciones a la separación forzosa a causa de la guerra, una situación a la que Hernández, como otros muchos combatientes, se tuvo que enfrentar durante este periodo. Esta parte contiene, no obstante, detalles muy significativos, entre los que quiero mencionar uno que es susceptible de aplicarlo a la situación sentimental del poeta en este tiempo: antes del estribillo de cierre de la composición (el mismo que

con el que se abre), encontramos el verso “viuda y casada a la par”, dos adjetivos en antítesis con los que el autor parece referirse a un estado real y no meramente metafórico. Cabe recordar que Miguel Hernández contrajo matrimonio civil con Josefina Manresa en el Juzgado de Orihuela el 9 de marzo de 1937, pero las constantes separaciones a causa de la guerra convirtieron a la esposa en una mujer casada y “viuda” a la vez. Esta posible referencia biográfica, que me parece bastante notable, llevaría a datar el poema con posterioridad a la fecha de celebración de este enlace matrimonial, lo que, por otra parte, eliminaría su datación en diciembre de 1936, antes de la batalla del Jarama. No obstante, no lo doy por argumento definitivo.

Muy significativa, sin embargo, es la utilización de la palabra “terrones” en el estribillo, que presenta una indudable coincidencia semántica con el uso que de la misma hace en la “Elegía segunda” (*Viento del pueblo*, OPC 302-04) dedicada al comisario político Pablo de la Torriente, que murió el 19 de diciembre de 1936 a causa de las heridas sufridas en el frente de Majadahonda. Este término se impregna en ambos poemas con un valor expresivo muy específico que lo asocia con el combate y la muerte: “Miradlo sonriendo a los terrones / y exigiendo venganza bajo sus dientes mudos” (“Elegía”, vv. 38-39) y “cruzado a sus terrones” (“Si se me acaba la vida”, v. 4). La simple elección de esta palabra, poco frecuente en un contexto poético, parece remitir a un mismo sujeto creador y refuerza mis argumentos sobre la autoría de Miguel Hernández.

Por lo demás, ese reiterado apego a la tierra, como ha podido apreciarse en los estribillos citados, no puede ser mera casualidad sino que responde a una forma unitaria de pensamiento. Otro testimonio que lo corrobora se encuentra en esta misma elegía a Pablo de la Torriente, ya advertido con el uso de la palabra “terrones” pero reforzado a su vez con un verso como éste: “En la hierba de España te has quedado” (v. 4), en consonancia con el estribillo de “Si se me acaba la vida”: “Busca en la tierra de España [...] en ella me encontrarás”. Nadie se olvida tampoco, por ejemplo, de aquellos emotivos versos de “El niño yuntero”: “Y como raíz se hunde / en la tierra lentamente / para que la tierra inunde / de paz y panes su frente” (*Viento del pueblo*, OPC 298-300, vv. 37-40). O como dice Juan, el protagonista de *El labrador de más aire*: “Es mi madre y es mi amiga/ desde siempre”, refiriéndose a la tierra. Ésta, como ha demostrado Marie Chevalier, es uno de los grandes mitos poéticos de Miguel Hernández: “El poeta sueña con la tierra que acoge la sangre de los cuerpos, el pasado y el porvenir del hombre, como un gran cuerpo místico, en el que la vida germina en la materia misma de la muerte humana [...]. La vida renace de la tierra que acoge a los muertos” (*Los temas poéticos de Miguel Hernández*, Madrid, Siglo XXI, 1978, 165).

Ahí está, por lo tanto, ese tema entrañable, en este estribillo de este primer poema inédito, como lo está también la mención que se hace de “España”, recurrencia emotiva en el Hernández de este periodo: basta cotejar las composiciones que constituyen el libro *Viento del pueblo* para comprobarlo o, mismamente, la extraña silva escrita en versos de ocho y catorce sílabas que le dedicó a Matilde Landa y cuyo

comienzo encaja a la perfección con mis argumentos: “En la tierra castellana / el castellano caía / con la voz llena de España...”

¡Y que nadie se olvide de ese poema poderoso titulado “Madre España!”: “Decir madre es decir tierra que me ha parido; / es decir a los muertos: hermanos, levantarse...” (*El hombre acecha*, OPC 371-73).

El segundo poema, “El retorno”, es una silva asonantada compuesta por cincuenta versos, dividida en siete estrofas de extensión irregular. Hernández empleó esta combinación métrica en varias composiciones de *Viento del pueblo*, como en la citada “Elegía segunda”. En esta silva, sin embargo, se decantará por los versos en consonante, al igual que en otros poemas del mismo libro en los que también hizo uso de esta estrofa, tales como “Nuestra juventud no muere”, “Recoged esta voz”, “Visión de Sevilla”, “Ceniciento Mussolini” u otros como “España en ausencia”, compuesto en este periodo, pero no incluido en el volumen (OPC 379-81). Ya en sus últimos poemarios –*El hombre acecha* y *Cancionero y Romancero de ausencias* (1938-41, Buenos Aires, Lautaro, 1958, pról. Elvio Romero)– dejará de utilizar esta estrofa, que sustituirá preferentemente por los serventesios, muchos de ellos truncados en el cuarto verso, o por las formas breves. Encaja, por lo tanto, bien “El retorno” en el año 1937, año de publicación de *Viento del pueblo*, que Miguel Hernández compuso entre el verano del 36 y el del 37.

Lo curioso, además, es que en “El retorno” la silva presenta un rasgo muy peculiar del estilo hernandiano: así, la clásica combinación de versos endecasílabos y heptasílabos propios de esta estrofa se ve modificada por la introducción en ocasiones de versos de catorce sílabas (silva trímetra). Es el mismo sello personal que nos encontramos en numerosos poemas de estos años, como los citados más arriba u otros como “Juramento de la alegría”, “Nuestra juventud no muere” o la “Elegía primera a Federico García Lorca”, todos ellos incluidos en *Viento del pueblo*. ¿No es acaso éste un argumento de primera mano para ahijar este poema con Hernández? Marie Chevalier, en otro de sus libros, *La escritura poética de Miguel Hernández*, Madrid, Siglo XXI, 1977, se ha encargado de analizar este rasgo estilístico del poeta oriolano.

“El retorno”, por otra parte, es un poema cuajado de dolor y desengaño. El dramático contraste entre la inocencia y la ingenuidad o los sueños emocionados y la brutal realidad del hombre maduro, ahora encenagado en una guerra sangrienta, es la clave para su interpretación. En él subyacen aquellos rotundos versos de las “Nanas de la cebolla”: “Desperté de ser niño: nunca despiertes” (OPC 445-47, vv. 50-51), que tanto ahondan y contribuyen a comprender la personalidad de su autor. Este mismo contraste es el que ahora, de un modo cortante y seco, se produce entre las dos partes de las que consta el poema (vv. 1 al 14 y vv. 15 al 50). El verso “Mentira, todo es falso” marca ese cambio de planos de un modo brusco e impactante, sin tregua alguna, sin concesiones. Antes, una voz recriminatoria le ha evocado al poeta todo un mundo

de ilusión infantil en el que creía de una manera engañosa; enseguida, esa misma voz se encarga de desmoronar “esa historia adornada de sueños”.

En mi opinión “El retorno” representa bien el sino sangriento que atenaza al poeta en los difíciles momentos de la guerra. Como suele ser habitual en Hernández, sentimientos íntimos se hacen coincidir con el escenario atroz de aquellos días en una simbiosis generalizada. El poeta convierte el dolor propio y ajeno en materia poética, tal como sucede, uno entre muchos, en el poema “18 de julio 1936-18 de julio 1939” de *El hombre acecha*, con dos primeros versos que resultan desgarradores: “Es sangre, no granizo, lo que azota mis sienes. / Son dos años de sangre: son dos inundaciones” (*OPC* 369-70). Esto mismo es lo que descubrimos también en este poema inédito: la conjunción de lo personal y lo común bajo ese signo trágico característico.

Creo, sin duda, que el tono y contexto de “El retorno” responde perfectamente a la sensibilidad y estilo hernandianos de aquellos años, argumento que se refuerza con otros detalles del poema. Así, entre los versos 19 y 22, en los que vuelve a resurgir la evocación inevitable del mundo ideal perdido, la metáfora que utiliza para ello se me ofrece como algo más que un recurso retórico. Detrás de ella parece ocultarse una referencia a sus años de cabrero, cuando en la sierra de La Muela de Orihuela pastoreaba el ganado familiar mientras en su magro cuadernillo, entre riscos y nopales, componía poesías que colmaban sus ilusiones y le hacían entrever un futuro de escritor. Quizá no sea tan arriesgado interpretar así los referidos versos de “El retorno”: “Recuerdo... / como corrían, monte arriba, / echando lastre a los mismos bordes del sendero, / ideas, frases, sueños...” Basta visitar el entorno geográfico en el que vivió Miguel Hernández, junto a su casa en la calle de Arriba (hoy casa-museo), para que el sintagma “monte arriba” cobre un sentido más exacto. Lo mismo que otro verso de este mismo poema: “Yo pasaré delante de tu casa, de tu huerto” (¡qué curioso que esta misma relación, como un orden mental inmanente, aparezca en una carta que escribió en diciembre de 1934 a Pablo Neruda!: “Aquí, en mi pueblo, mi casa, mi huerto...” (Hernández [Sánchez Vidal ed.] 2, 1522).

Por otro lado, la contextualización de “El retorno” remite de inmediato a un tiempo de guerra. A partir de la quinta estrofa hallamos innumerables referencias en donde la muerte en el frente de batalla vuelve a convertirse en protagonista. La violencia, la sangre, el dolor, “las manos sucias de trinchera” y la transformación del hombre en un “animal mecánico” son las notas predominantes a partir de este momento. Únase a ello la zozobra y esperanza, personificadas en una mujer que aguarda el regreso del combatiente, y que es aniquilada de pleno con un verso durísimo: “No salgas al camino del retorno / que el que esperas ha muerto”. Es el mismo dolor, de nuevo producido por la muerte del soldado, que se encuentra en el poema nº 1 “Si se me acaba la vida”. Y es, a la vez, una manifestación de la pena hernandiana, presente en tantas composiciones del autor (baste leer el poema “Me sobra el corazón”, *OPC* 277-78), y que aquí se recarga de amargura con los rotundos versos “el drama que en la frente / eternamente llevo”.

Asociaciones de este tipo se pueden observar en la comparación con otros poemas de Miguel Hernández; así, el verso 33 de “El retorno” (“mira los garfios que ahora son mis dedos”) recuerda la imagen similar de unos versos de la “Canción primera” que abre el libro de *El hombre acecha*. El tono no desencaja para nada y las relaciones son evidentes: “El animal que canta: / el animal que puede / llorar y echar raíces, / rememoró sus garras”. Más adelante, el poeta se muestra brutal: “He regresado al tigre. Aparta o te destrozo”, que guarda un paralelismo sorprendente con estas otras metáforas zoomórficas de “El retorno”: “No oigas mi paso de animal mecánico / ni veas el cuervo negro que hay en mi corazón” (vv. 42-43).

En conclusión, creo poder admitir que los poemas se corresponden, como se desprende de mi estudio, con la etapa en la que Miguel Hernández se hallaba componiendo los textos que integrarían su libro más social y combativo, es decir, el referido *Viento del pueblo* (1937), así como con los de *El hombre acecha* (1939). Las circunstancias bélicas de España en esos años y la participación de Hernández en la contienda como comisario político le llevaron hacia un tipo de poesía humanizada, colectiva y de ardor bélico. Son estas constantes, aunque matizadas por aspectos sentimentales y detalles biográficos, las que se recrean en los dos poemas.

Si alguien se muestra reticente a admitirlos como obra de Hernández porque le pudiera parecer que no encajan con su estilo, le recomiendo que se relea composiciones como “Euzkadi” (*OPC* 333-34), en la que la voz del poeta, en cuanto a calidad literaria, difiere notablemente de los versos más exquisitos debidos a su ingenio. ¿Quién puede reconocer como del poeta oriolano unos versos tan pésimos como “Contra España cayeron, y España no ha caído. / España no es un grano, / ni una ciudad, ni dos, ni tres ciudades” (vv. 5-7) de la citada composición? Indudablemente, no es el Hernández que todos recordamos. ¿Y qué decir de los versos: “El leve Manzanares se merece / ser mar entre los mares?” del poema titulado “Fuerza del Manzanares” (*OPC* 334-36, vv. 21-22), que no deslumbra tampoco por su calidad poética. Lo mismo cabe alegar sobre el poema que dedicó a Matilde Landa, algunos de cuyos versos resultan poco satisfactorios: “Voy a combatir al alemán que nos da guerra / hasta conquistar los horizontes de mi tierra”.

Quiero defender con esto que, a la hora de valorar la obra de cualquier artista, tengamos en cuenta el contexto en el que esa obra fue creada. Estas observaciones vienen al caso por los posibles juicios que, en contra de estos dos nuevos poemas, se pudieran suscitar. Y advierto desde aquí que, sin ser unas magníficas composiciones, no son desdeñables en absoluto y alcanzan cimas de literatura que ya quisieran poseer algunas de las que con seguridad salieron de su inventiva. Es evidente, en este sentido, la variable calidad estética de Hernández a lo largo de toda su trayectoria literaria, motivada por su propia evolución poética y por el contexto social en el que se desarrolló.

Así pues, creo que estos dos poemas que he presentado y analizado en este estudio, inéditos hasta la fecha a la luz de mis pesquisas (los he dado a conocer, previamente a la aparición de este artículo en *eHumanista*, el día 10 de diciembre de 2010 en mi página personal www.joseguadalajara.com), no desentonan para nada con el mundo poético de Miguel Hernández, lo cual me lleva a validar su autoría y a refrendar las palabras de mi antiguo profesor de Literatura, quien simplemente, hace treinta y cinco años, me aseguró una mañana que eran dos inéditos de Miguel Hernández.

5 *Si se me acaba la vida
y de mí no sabes más
busca en la tierra de España
que cruzado a sus terrones
en ella me encontrarás.*

10 *Si mis ojos se hacen sangre
y mi boca se hace sal,
si mi voz se hace ceniza
una mañana de afán,
no busques ecos de mí
en rincones de ciudad
durmiendo miedos de muerte
en sombras gratas de paz,
15 busca mi voz en las voces
de los ríos de cristal,
busca mis huellas borrosas
en los caminos de azar.*

*Te lo dirán los caminos
las aguas te lo dirán:*

20 *Pasó abrazado a la Muerte
-bella dama y buen galán-
y se fue haciendo silencios
envuelto en su soledad
todo junto a un sol de oro
25 y una luna funeral
junto a un arroyo de sangre
que dejará de brotar
del pecho para que el cielo
no se pueda ensangrentar.*

30 *Manos huérfanas de ti
boca que olvidó besar
frío negro de tus trenzas
que no logré acariciar
primavera abierta en vano
35 ojos que te llorarán*

*dolor de España en los tuyos
viuda y casada a la par.*

*Si se me acaba la vida
y de mí no sabes más
40 busca en la tierra de España
que cruzado a sus terrones
en ella me encontrarás.*

EL RETORNO

*Tú vives aún el sueño infantil,
una historia falsa
de gloria y oropeles viejos.
Te encendieron el alma de canciones,
5 de frases huecas y de malos versos.*

*Brochazos en azul, músicas, himnos...
¡qué temblor en tus manos!
¡qué alegría en tu pecho!
¡qué luces misteriosas
10 en tus ojos ingenuos!*

*Tú vives una historia
adornada de sueños
como un viejo grabado
empolvado e ingenuo.*

*15 Mentira, todo es falso,
frente al pavor diario del misterio
parecemos vacíos,
vacíos en el alma y el cerebro.
Recuerdo...
20 como corrían, monte arriba,
echando lastre a los mismos bordes del sendero,
ideas, frases, sueños,
mientras tras (de) las sombras temblorosas
aullaba buscando presa el gran perro del Miedo.*

25 No salgas al camino del retorno

*con un ramo de rosas y de besos
que no verán tus ojos el desfile soberbio.
Mira mis manos sucias de trinchera,
mi boca amarga, mis cantares yertos,
30 el drama que en la frente
eternamente llevo.
Mira mis ojos en tinieblas rojas,
mira los garfios que ahora son mis dedos,
mira mi alma retorcida, sabe
35 de la furia, del miedo,
de la soledad trágica,
de las horas sin eco.*

*No salgas al camino del retorno
que el que esperas ha muerto.
40 Esconde tus sonrisas y tus flores
y sigue con la rueda de tu ensueño.*

*No oigas mi paso de animal mecánico
ni veas el cuervo negro que hay en mi corazón,
ni esta sonrisa que arranco de los nervios.
45 Yo pasaré delante de tu casa, de tu huerto,
de todo lo que has sido, sin volverme a mirar,
soy viajero
de un camino de horror
que sella el labio, ciega los ojos
50 y me abrasa el pecho.*

APÉNDICE GRÁFICO

EL RETORNO

Tú vives aún el sueño infantil,
 una historia falsa
 de gloria y oropeles viejos.
 Te encendieron el alma de canciones,
 de frases huecas y de malos versos.

Brochazos en azul, músicas, himnos...
 ¡qué temblor en tus manos!
 ¡qué alegría en tu pecho!
 ¡qué luces misteriosas
 en tus ojos ingenuos!

Tu vives una historia
 adornada de sueños
 como un viejo grabado
 empolvado e ingenuo.

Mentirá, todo es falso,
 frente al pavor diario del misterio
 parecemos vacíos,
 vacíos en el alma y el cerebro.

Recuerdo...
 como corrían, monte arriba,
 echando lastre a los mismos bordes del sendero,
 ideas, frases, sueños,
 mientras tras (de) las sombras temblorosas
 aullaba buscando presa el gran perro del Miedo.

No salgas al camino del retorno
 con un ramo de rosas y de besos
 que no verán tus ojos el desfile soberbio.

Mira mis manos sucias de trinchera,
 mi boca amarga, mis cantares yertos,
 el drama que en la frente
 eternamente llevo.

Mira mis ojos en tinieblas rojas,
 mira los garfios que ahora son mis dedos,
 mira mi alma retorcida, sabe
 de la furia, del miedo,
 de la soledad trágica,
 de las horas sin eco.

Si se me acaba la vida
y de mí no sabes más
busca en la tierra de España
que cruzado a sus terrones
en ella me encontrarás.

Si mis ojos se hacen sangre
y mi boca se hace sal,
si mi voz se hace ceniza
una mañana de afán,
no busques ecos de mí
en rincones de ciudad
durmiendo miedos de muerte
en sombras gratas de paz,
busca mi voz en las voces
de los ríos de cristal,
busca mis huellas borrosas
en los caminos de azar.

Te lo dirán los caminos
las aguas te lo dirán:

Pasó abrazado a la Muerte
-bella dama y buen galán-
y se fué haciendo silencios
envuelto en su soledad
todo junto a un sol de oro
y una luna funeral
junto a un arroyo de sangre
que dejará de brotar del pecho
para que el cielo no se pueda ensangrentar.

Manos huérfanas de tí
boca que olvidó besar
frío negro de tus trenzas
que no logré acariciar
primavera abierta en vano
ojos que te llorarán
dolor de España en los tuyos
viuda y casada a la par

Si se me acaba la vida
y de mí no sabes más

Obras citadas

- Chevalier, Marie. *La escritura poética de Miguel Hernández*. Madrid: Siglo XXI, 1977.
- . *Los temas poéticos de Miguel Hernández*. Madrid, Siglo XXI: 1978.
- Ferris, José Luis. *Miguel Hernández, pasiones, cárcel y muerte de un poeta*. Madrid: Temas de Hoy, 2002.
- Ginard i Ferón, David. *Matilde Landa: de la Institución Libre de Enseñanza a las prisiones franquistas*. Barcelona: Flor del Viento, 2005.
- Guadalajara, José. <http://www.joseguadalajara.com>.
- Hernández, Miguel. Eds. Leopoldo de Luis & Jorge Urrutia. *Obra poética completa*. Bilbao: Zero, 1976. (Reedición en Madrid: Alianza Editorial, 2010).
- . Ed. Agustín Sánchez Vidal. *Obras completas*. Madrid: Espasa-Calpe, 2010.
- . "A Matilde." *Añil* 19 (2000): 22-23.
- . Eds. Agustín Sánchez Vidal, Carlos Rovira, & Carmen Alemany. *Obra completa*. Madrid: Espasa-Calpe, 1992.
- Manresa, Josefina. *Recuerdos de la viuda de Miguel Hernández*. Madrid: Ediciones De la Torre, 1980.